

TRASQUILA

PARA EVITAR UN TERCER PISO

Héctor Castillo Juárez

Termina el año 2001 con un saldo negativo para la economía mexicana. Si bien es cierto que algunas importantes variables macroeconómicas como la inflación y el tipo de cambio frente al dólar estadounidense están bajo control, México se encuentra en una situación delicada debido a que no se ha diversificado nuestra economía, ya que depende -en gran medida- de la del vecino del norte y porque se ha hecho realmente poco por impulsar el crecimiento del mercado interno. Así por ejemplo, la renta de capital para inversión sigue siendo muy cara, no se favorece ni se da prioridad a la entrega de créditos oportunos para actividades productivas, el CONACYT se quedó casi sin recursos para apoyar la investigación y desarrollo tecnológico orientado a proyectos de carácter nacional, y un país sin desarrollo científico y tecnológico está destinado a permanecer en el subdesarrollo. Sobre todo cuando, salvo honrosas excepciones, el grado de conciencia científica y tecnológica de los empresarios mexicanos no les permite entender la relevancia que tiene invertir en este rubro para impulsar su propio desarrollo.

El crecimiento de nuestra economía que imaginaron algunos entusiastas para el año que termina en un 7% resultó de cero por ciento -cuando no ligeramente negativo- y en consecuencia, el millón 350 mil empleos que una tasa de crecimiento del 7% hubiera permitido generar, se convirtió en la pérdida de poco más de 400 mil empleos que se sumaron a los desempleados y subempleados existentes y a los casi un millón de nuevos desempleados que este año pasaron a formar parte de la población que demandó empleo sin éxito.

Por otro lado, en un legítimo aunque inopinado y desesperado afán por atraer recursos financieros al gobierno federal, la ola azul en el congreso propuso una *Reforma Fiscal* que carece de una visión de desarrollo y que, de aprobarse, sentenciará a muerte al quehacer agropecuario nacional y pondrá grilletes al desarrollo rural integral que requerimos. La rentabilidad de las empresas agropecuarias del sector primario es de apenas el 9.5%. El Tratado de Libre Comercio con América del Norte permitirá, hacia el 2003, la eliminación de los cupos de importación de los productos agropecuarios, y dada la asimetría existente entre los países que lo suscribieron en términos de subsidios, desarrollo tecnológico, infraestructura para producir, transformar, comercializar y distribuir, y a que los Estados Unidos mantienen, además tasas fiscales diferenciadas para las urbes y el medio rural, y una **tasa cero** para los productos agropecuarios sin transformar, ¿alguien duda de cuál será el destino del campo mexicano?

No se requiere de mucha ciencia para descubrir la peligrosa ecuación resultante. Con un mundo en recesión, con una dependencia económica del vecino del norte tan grande, con un desempleo creciente y con una propuesta fiscal que cierre el

desarrollo rural y aumente la tensión social en el campo lo que sigue sólo puede ser violento.

Para desatorar la Reforma Fiscal es urgente consensuar una que privilegie una visión de desarrollo y que, en consecuencia, mire hacia el campo y hacia el mar. De otro modo, la crisis que nos espera acabará obligando a regresar a las populistas políticas asistenciales financiadas con deuda externa que tanto daño nos hicieron. De no prevalecer una visión de desarrollo tendremos un país con un campo abandonado, con un soslayado recurso pesquero y con una insegura megalópolis sin agua. Y en la exacerbada entropía resultante surgirán más y más propuestas disparatadas que podrían hacer que para el 2006 alguien sugiriera un tercer piso al periférico.

Para la revista Quehacer Político del 25 de diciembre de diciembre del 2001.

Comentarios a: trasquila@hectorcastillo.org